

HAY ALGUIEN AHÍ AFUERA

Seudónimo: Gregorio De Compostela

El mundo ha dejado de existir, lo sé. Todo sucedió en una noche; la noche más larga que yo haya visto jamás. El cielo se desgajó en trozos ambarinos y la luna fue envuelta por una ceniza de color rojo. No sé cómo sobreviví, pero estoy aquí. Soy el último bastión de la humanidad. ¿Qué cómo lo sé? Lo vi con mis propios ojos. Lo sentí con mis manos que tocaron los cuerpos inmóviles. Lo probé con mi aliento que estuvo a punto de dormirse y no despertar. No dejo de pensar en ello. El amanecer... lo recuerdo con claridad... frío, ausente, silencioso. Desperté de aquella noche interminable y me encontré en una ciudad abandonada, visitada por vientos que huían y gritaban despavoridos entre los edificios intactos. Caminé horas sin encontrarme a nadie. Entré a un bar, me serví un par de tragos recargado en la barra y miré mi rostro demacrado en el espejo del frente. Nada mal para ser la cara de un vago, pensé. Miré por los cristales murmurando: ¿Hay alguien ahí afuera?

Salí del lugar y me dirigí al centro. La basura rodaba por las calles debido a que el fuerte viento había derribado los botes y cestos de las esquinas. Los semáforos hacían su labor, pero los carros dormían en el filo de las aceras y algunos pocos a mitad de la calle. Las ventanas de los edificios temblaban y las puertas automáticas de los almacenes se abrían y cerraban con un golpe tronante. Un humo gris salía de las alcantarillas y una estela de agua maloliente se perdía en las bocas de tormenta. Pero ni rastro de gente o palomas en los adoquines de las iglesias. ¿Dónde estaba el policía que

me corría de las bancas del parque, pero que me permitía dormir en una caja de cartón al fondo de un callejón oscuro? ¿Qué había pasado con Beatriz, la anciana que todos los días me traía un plato de comida y un trozo de pan? ¿Qué fue de aquella mujer que perdió a sus hijos en un incendio y vagaba harapienta y desquiciada por las calles sin nombre? ¿Dónde estaban todos, a dónde fueron, quién se los llevó? O acaso... ¿algo se los llevó? ¿Pero qué?

Me detuve ante la reja verde de una mansión. Las puertas estaban abiertas. Adentro estaba vacío como en las calles. En la cocina hervían unos blanquillos en una sartén sobre la estufa. El pan en el tostador brincaba chamuscado y volvía a meterse. Una hilera de gotas caía de la llave del fregadero. En la sala, las luces estaban encendidas, y la música de una grabadora sonaba a todo volumen. En la recámara principal, el ventilador giraba y giraba sin detenerse. La televisión transmitía la estática de un canal muerto. Detrás de una puerta se escuchaba correr el agua de una regadera abandonada. Tiré mis ropas al suelo y agradecí que el agua aún estuviera caliente. En los clóset, tan largos como vagones de tren, encontré ropa a mi medida. Corté mis uñas; retiré la alfombra barbada que cubría mi cara y por primera vez en muchos años, pude peinar mi cabellera enmarañada. La recorté un poco donde los nudos fueron imposibles de deshacer. Fui a la cocina y abrí ocho o diez latas de carne roja, sopas turcas, postres holandeses, salsa y vino tinto. Comí hasta atiborrarme y luego dormí una siesta profunda y reparadora.

Por la noche volví a vagar con la esperanza de encontrarme con alguien, mas no fue así. Tomé un automóvil prestado y recorrí hasta el amanecer todos los sectores de la ciudad, incluyendo los barrios pobres que no me eran tan desconocidos. En muchos lugares, el viento había arrasado con cantidad de casas y árboles vetustos, y en otros me fue imposible pasar debido a una terrible inundación que arrastró letreros luminosos y

postes de teléfono. Tomé una decisión. Llené el tanque de gasolina del auto, me procuré algunos alimentos y agua, y me dirigí a los siguientes poblados, señalados en un mapa que encontré en la guantera del vehículo.

En la carretera, la desolación era un monstruo enorme que se arrastraba por las colinas y los bosques. Cuando llegué al primer poblado, las cortinas de las ventanas daban bandazos en el aire y las puertas crujían mecidas por un viento triste. Bajé del auto y toqué el claxon repetidas veces en espera de que algún sobreviviente lo oyera. Nadie respondió. Transité, por sus calles mojadas. Observé a través de la tela de escarcha que cubría los aparadores sin descubrir ni un alma. Hice sonar la alarma de incendios del cuartel de bomberos y hasta conduje una ambulancia del hospital de urgencias con la sirena abierta. Debí saberlo, el lugar estaba tan muerto como un cementerio. Volví a mi automóvil y proseguí mi camino.

El siguiente poblado había sido devastado por un incendio de causas desconocidas. Cuando llegué sólo encontré casas en ruinas, cuyas paredes y vigas ardían bajo la amarillenta luz del sol. Los hospitales parecían la fogata de un explorador descomunal y de la iglesia apenas encontré la estructura en pie y restos humeantes. Nada tenía que hacer aquí. Me puse tras el volante y no me detuve hasta llegar a una ciudad. Y lo que encontré era difícil de describir: una marejada de muertos, tan negros como el carbón, secos y retorcidos como caparzones de insecto. El vendaval agitaba sus cabellos desteñidos. ¿Qué cosa habría pasado a toda esta gente para sufrir una muerte tan cruel? ¿Un virus mortal, el aire envenenado? La noche se precipitó sobre la ciudad y yo busqué refugio en la habitación de un hotel poco visitado. No hubiera podido dormir pensando que en los cuartos de al lado, entre las sábanas revueltas, unos cuerpos sin vida miraban el techo con sus ojos hundidos y murmuraban con sus bocas abiertas y desdentadas.

Por la mañana, con la ayuda de una pala mecánica, reuní a todos los cuerpos que pude en el centro de la ciudad y los quemé. Una peste era lo menos que necesitaba. Conduje por llanos descoloridos y árboles caídos. Visité seis u ocho poblados, tres ciudades o quizá más, y en ninguna pude encontrar otra cosa que la soledad y el frío permanente. Todo el camino de regreso lo hice con la radio encendida, esperando oír un voz o un murmullo lejano entre todo el crepitar de la estática. Una vez, en un poblado importante, me detuve y entré a una gran emisora de radio. Creo que apreté y moví todo lo que brillaba en la consola y después hablé ante el micrófono. Repetí mi nombre y la ciudad a donde me dirigía. Rogué porque alguien hubiera escuchado el mensaje.

Después de horas y horas de manejar arribé a mi ciudad, al punto de donde había partido. Volví a la mansión de la reja verde y me instalé ahí como lugar definitivo. Al paso de los días conseguí mantas y pinturas. Dibujé flechas que señalaban el camino hacia la mansión y las distribuí por toda la ciudad. Coloqué cientos de letreros con mi nombre y mi dirección. Y en la fachada de mi nuevo hogar colgué hileras parpadeantes de luces de navidad y focos de todos colores. También instalé faroles en las ventanas y potentes reflectores en la reja verde. El jardín de la entrada se iluminó con figuras infantiles que encontré en la bodega de un almacén, de donde saqué cajas enteras con fuegos artificiales que hice encender todas las noches, esperando llamar la atención.

Al paso de los meses, equipé todo un cuarto de la mansión con el mejor equipo de onda larga que se podía obtener. Ahí pasaba mi vida tratando de comunicarme con alguien y escuchando la voz lúgubre y silenciosa que venía de todos los rincones de la tierra. El radio transoceánico tampoco sirvió de mucho. Sólo ruido y nada que pareciera remotamente humano. Día y noche grabadoras de rollo libre conectadas al equipo de radio y al teléfono, trataban de rescatar aunque fuera solo una fibra de la voz que tanto añoraba escuchar. Entonces perdí la esperanza. Enloquecí. Bebía durante el día y lloraba

angustiado por las noches, y en medio del sopor del vino, me parecía oír que pronunciaban mi nombre. Me acercaba a la ventana y pensaba: ¿Hay alguien ahí afuera? Pero no. Estaba solo. Y quizá de eso me nació la idea de que no era el mundo el que había dejado de existir, sino yo. Había muerto y estaba atrapado en un limbo terrenal. Y mientras más lo pensaba, más me atemorizaba y tanto más bebía. Mi cabello creció a su acostumbrado estado de descuido. Mis dientes se enlamaron y la mugre volvió a acumularse bajo mis uñas. Y con los años nunca volví a encontrar el camino a la regadera, pues constantemente extraviaba el camino en aquella mansión, que parecía extenderse y multiplicarse para burlarse de mí. Mi espalda se encorvó toscamente y me costaba trabajo caminar. Entonces ya salía poco al exterior. Pero en una de esas veces pude ser testigo de la destrucción de mi ciudad. El pavimento se había hinchado y reventado a lo largo de veintiséis manzanas. Los edificios estaban cuarteados. Los vidrios rotos y entelarañados. Por las alcantarillas se agazapaba un olor extraño y nauseabundo. Pudrición total. Yo miraba todo con mis ojos cansados cuando algo fuera de lo normal sucedió: en una cabina, un teléfono comenzó a sonar. Yo me quedé helado, paralizado por la sorpresa y el temor. Mi curiosidad intervino y por fin pude echarme a correr. Levanté la bocina y dije “Bueno” varias veces. Un quejido inhumano se escuchó al otro lado de la línea. Seguro fue un poste al caerse, dije para tranquilizarme.

Mis carteles, cubiertos de moho y agujerados por las lluvias implacables, colgaban, penosamente desahuciados. Permití que las luces de la fachada se apagaran y las bombillas y figuras luminosas se fundieran. Los juegos artificiales se pudrieron con la humedad y ya no había más electricidad para hacer funcionar la radio o las grabadoras. La mansión cayó en ruinas y yo enfermé de soledad.

Ahora, estoy viejo, en un mundo donde los mares están muertos desde su fondo, los edificios se desmoronan y la luna se asemeja más a un cráneo con ojos vacíos y

sonrisa descarnada. En este momento es de noche y se parece a aquella noche larga y oscura en que la gente se fue. Estoy comiendo las últimas conservas que quedan, sentado a una mesa iluminada por velas que se hunden en un charco de cera. El viento ruge allá en el exterior. Un gemido atraviesa las calles desiertas de la ciudad. Es una noche como para que los muertos se levanten de sus tumbas y paseen libremente por los puentes y avenidas. Sonrío. Casi puedo escucharlos arrastrarse por la hierba seca del parque, arrastrando sus huesos blancos como flautas de pan. Creo escuchar sus lamentos; sus cantos lastimeros; sus uñas que rasguñan el pavimento. Si cerrara los ojos podría imaginarlos con sus ropas ajadas y sus anillos de oro en los dedos; con los camafeos que adornan sus cuellos esbeltos y los cabellos ralos y tiesos que aún cubren parte de sus cráneos vacíos. Algunos se arrastran; otros vienen siguiendo las flechas que coloqué hace años, leyendo mi nombre y mi dirección. Mirando el enorme letrero en la reja verde que dice “Bienvenidos”, con letras borrosas. ¡Estoy desvariando! Debe ser el apabullante peso de la soledad... ¡Eso debe ser! Pero... ¡Esperen...! Escucho algo. Debo estar realmente enfermo o está sucediendo lo que antes esperaba y ahora temo: Escucho golpes quedos, lentos, muy lentos.

¡Están tocando a la puerta!

¡Hay alguien ahí afuera!

Gregorio De Compostela

